

A person wearing a black tactical cap and large communication headphones is seen from the side, aiming a rifle. The background is a blurred outdoor target range with several targets visible. A large, semi-transparent white reticle is overlaid on the image, centered on the target range.

DOBLE ALFA

por Radek

Dedicado especialmente a mis amigos y a todos los que me han ayudado a cumplir este sueño.

Pero sobre todo a mi familia que siempre me apoya incluso con las ideas más locas.

Radek es el seudónimo literario de un autor canario vinculado al mundo del tiro deportivo. Practicante de IPSC —recorridos de tiro—, ha participado en competiciones regionales y nacionales, experiencia que le permite trasladar a sus historias una visión cercana y realista de la competición, sus dinámicas y su ambiente.

Además de su relación con el tiro deportivo, combina su trayectoria profesional en el ámbito tecnológico con una clara inclinación por las historias de acción, intriga y personajes sometidos a presión.

Capítulo 1 - Línea de tiro	pág. 1
Capítulo 2 - Hit Factor	pág. 12
Capítulo 3 - Margen de error	pág. 27
Capítulo 4 - Tierra negra	pág. 42
Capítulo 5 - Señal débil	pág. 59
Capítulo 6 - Zona neutral	pág. 69
Capítulo 7 - Verificación	pág. 84
Capítulo 8 - Instalación	pág. 98
Capítulo 9 - Ranking	pág. 110
Capítulo 10 - Acceso restringido	pág. 124
Capítulo 11 - Cobertura	pág. 140
Capítulo 12 - Transferencia	pág. 151
Capítulo 13 - Validación cruzada	pág. 163
Capítulo 14 - Fachada	pág. 175
Capítulo 15 - Costuras	pág. 185
Capítulo 16 - Portugal	pág. 197
Capítulo 17 - Eco	pág. 214
Capítulo 18 - Open	pág. 224
Capítulo 19 - Convocatoria	pág. 241
Capítulo 20 - Sudáfrica	pág. 257
Capítulo 21 - Transición	pág. 266
Capítulo 22 - Cuarto día	pág. 278
Capítulo 23 - Cerrar bien	pág. 285
Capítulo 24 - Último día	pág. 301
Epílogo - Condiciones	pág. 310

Doble Alfa

Capítulo 1 - Línea de tiro

La selva no olía a pólvora.

Olía a tierra mojada, a hojas podridas, a agua estancada y a gasolina caliente. Leo recordaba eso con una claridad que le resultaba ofensiva, como si la memoria hubiera decidido conservar lo inútil y borrar lo necesario. No recordaba el nombre del sargento que iba dos posiciones por detrás, ni la hora exacta; ni siquiera estaba seguro de recordar bien la secuencia completa.

Pero recordaba el barro pegado a las botas, la lluvia cayendo oblicua bajo la luz rota del helicóptero y el zumbido de los insectos cortado de golpe por el ruido seco de un seguro al quitarse.

Y la orden.

"Capturar vivo".

No abatir. No destruir. No improvisar. Capturar vivo.

Avanzaron en silencio, inclinados, repartidos en una cuña irregular que se deformaba cada pocos metros por la maleza. Señales cortas. Nada de hablar. Nada de mirar atrás. El tipo de avance que solo funciona cuando todos creen que la información es buena.

Rafa iba a su izquierda, un poco más retrasado, cubriendo el flanco. Leo tenía veintitrés años entonces y una puntería que nadie discutía. También tenía algo peor: fe en su propia velocidad. Creía que, si el momento llegaba, él respondería antes que nadie.

Y lo hizo.

Ese fue el problema.

El laboratorio improvisado apareció entre la vegetación como una herida mal cerrada en mitad de la selva: madera húmeda, chapa ondulada, un generador mal escondido y luz amarilla escapando por una ventana lateral. Todo demasiado tosco para el dinero que movía aquella gente, pero suficientemente sólido para matar a quien entrara descuidado.

La señal de alto llegó tarde.

O quizá Leo la vio y decidió que ya la había entendido antes de tiempo.

Doble Alfa

Los primeros disparos salieron desde dentro, secos, desordenados, muy cerca. La madera estalló a la altura del hombro de quien iba delante. Alguien gritó algo que la lluvia se tragó y el avance se convirtió en ruptura. Lo que antes era formación pasó a ser reacción.

Leo bajó el centro de gravedad por puro reflejo y buscó ángulo.

Fogonazo en la ventana.

Respondió.

Un disparo.

El retroceso le subió por el brazo y volvió a bajar como una vieja costumbre. Cambió de foco. Movimiento a la derecha. Otro fogonazo. Otra silueta cruzando tras una mesa metálica.

Se desplazó.

Otro disparo.

Escuchó a Rafa a su izquierda; no por las palabras, que la lluvia y los disparos devoraban, sino por su presencia y por aquel patrón de movimiento que conocía tan bien. Cubriéndole sin invadirle, cerca sin estorbar. El tipo de compañero que te salva la vida no porque haga falta heroísmo, sino porque te obliga a no perder la cabeza.

Leo entró por el lateral.

Lo recordaba a veces en cámara lenta, pero sabía que no fue así. En realidad, todo ocurrió demasiado deprisa para parecer real. Una pared delgada. Una sombra detrás. Altura media. Brazo arriba. La forma dura de algo en la mano.

No dudó.

Disparó.

El impacto fue seco. Limpio. Final.

Después hubo silencio durante una fracción tan pequeña que nadie podría medirla, y luego el resto del mundo regresó de golpe: pasos, gritos, más órdenes, un cuerpo cayendo y otro equipo irrumpiendo por la entrada principal. Leo avanzó un paso más con el arma aún arriba, respiración agitada, dedo fuera del disparador solo un instante demasiado tarde.

Doble Alfa

Cuando entraron del todo, el líder del cartel ya estaba en el suelo, desplomado junto a una mesa de campaña. Sangre oscura extendiéndose bajo su costado. A un metro escaso, apoyado contra la pared, había un adolescente.

No un hombre.

No un sicario.

Un adolescente.

La pistola azul seguía en su mano.

Azul.

De plástico.

Leo no recordaba haber bajado el arma.

No recordaba si dijo algo.

No recordaba si se quedó quieto o si quiso acercarse.

Solo recordaba la mano de Rafa agarrándolo del chaleco, el tirón seco hacia atrás y una voz pegada al oído que no sonaba ni asustada ni calmada. Sonaba funcional.

—Nos vamos. Ahora.

Cinco años después, Leo seguía sin saber si el grito que escuchó fue real o si lo había inventado su memoria para completar la escena. A veces era un grito corto. A veces era el adolescente. A veces era una mujer fuera del cuarto. A veces no había nadie.

Lo único estable era la certeza de que el disparo sí fue suyo.

Eso nunca cambiaba.

La alarma sonó en la mesilla. Leo abrió los ojos antes del segundo pitido.

Habitación de hotel en Múnich.

Techo blanco, cortinas gruesas. Aire seco de calefacción. Nada de lluvia, nada de barro. Nada de selva. Tardó tres segundos en volver del todo. Cuatro en controlar la respiración. Cinco en aceptar que no iba a dormirse otra vez.

Doble Alfa

Competición internacional de Nivel III.

No era la primera vez que competía allí. Ni la quinta. Llevaba años moviéndose por el circuito europeo, suficiente para que su nombre empezaba a sonar donde importaba y seguía sin sonar donde más importaba. Siempre cerca. Nunca arriba del todo.

Le gustaba decirse que eso no le molestaba. Pero sabía que no era cierto.

A su derecha, en la otra cama, Rafa dormía de lado con una mano fuera de la manta y el móvil cargando en el suelo. Incluso dormido parecía preparado para levantarse rápido. Menos disciplinado que Leo en casi todo. Más útil que Leo cuando las cosas se torcían.

El teléfono de la mesilla marcaba las 05:41.

Demasiado pronto para desayunar, demasiado tarde para volver a cerrar los ojos.

Leo se levantó y fue hasta la mesa junto a la ventana. Su Beretta 92X Performance estaba desmontada con la precisión casi obsesiva de quien necesita poner orden en algo, aunque solo sea en acero y muelles. Corredera alineada. Armazón limpio. Cargadores numerados. Munición contada y separada.

En Production no hay excusas técnicas.

No puedes esconder un mal día detrás de un arma exótica, ni tapar una mala decisión con más capacidad de cargador. Casi todo pasa por la cabeza, las manos y el momento exacto en que decides disparar o no disparar.

Tomó la pistola y montó la corredera con un gesto automático.

Sintió el peso imaginario del primer disparo en doble acción. Largo. Pesado. Exigente. El tipo de presión que te obliga a entrar bien o perder tiempo desde el primer impacto.

Control.

Eso era lo único que dependía de él.

—¿Otra vez la selva?

Leo no se giró.

Rafa seguía tumbado, pero ya estaba despierto.

Doble Alfa

—¿Llevo mucho haciendo ruido?

—No. Te conozco.

Se incorporó y se quedó unos segundos mirando la Beretta.

—Siempre es antes de algo que importa, ¿no?

Leo encajó un cargador vacío y volvió a sacarlo.

—Supongo.

Rafa se pasó una mano por la cara y se levantó sin prisas.

—Bien. Entonces hoy estarás de mal humor, competirás mejor y negarás las dos cosas.

Leo lo miró de reojo.

—Qué suerte tienes de caerme bien.

—No te caigo bien. Te soy útil.

Esa vez Leo sí sonrió, apenas.

—Eso también.

El campo de tiro estaba vivo cuando llegaron.

Madera recién humedecida por el rocío. Cinta roja delimitando pasillos y líneas de falta. Muros artificiales aún fríos a primera hora. Neumáticos apilados al fondo de un stage largo. Árbitros repasando papeles con gesto cansado antes siquiera del primer beep. Tiradores caminando recorridos en silencio, labios moviéndose apenas mientras contaban pasos, posiciones, recargas.

Ese murmullo siempre le había gustado a Leo.

No era ruido. Era concentración fragmentada.

Rafa caminaba a su lado con dos cafés y una acreditación colgando torcida del cuello.

Hoy también competía. Siempre lo hacía cuando viajaban juntos. No era un acompañante con cronómetro, sino un tirador. Uno menos agresivo, con menos talento si se medía solo en resultados, pero lo bastante bueno como

Doble Alfa

para no desentonar nunca y lo bastante inteligente como para ver cosas que Leo no veía cuando se metía demasiado dentro del stage.

—Hoy no te cases con el primer plan —dijo Rafa, entregándole un café.

—Nunca lo hago.

Rafa soltó una risa breve.

—Eso sería más convincente si no te conociera desde hace años.

Entraron en la zona del primer recorrido. Doce disparos mínimos. Dos posiciones. Un mini popper al final, de esos que parecen fáciles hasta que decides atacarlos media décima antes de tenerlos del todo.

Leo dejó el vaso junto a su equipaje y empezó a leer el stage.

Posición inicial de pie, manos a la altura de los hombros. Dos tarjetas abiertas al frente. Giro corto a la izquierda para una parcial. Desplazamiento agresivo a segunda posición. Dos blancos más. Y al final, el mini popper, traicionero por ángulo y por orgullo.

Visualizó.

Primeros impactos rápidos. Transición limpia. Recarga en movimiento o no. Dependía del arranque. Segundo bloque con salida fuerte. Popper al final sin pensarlo demasiado.

—Vas a fallar el metal si lo dejas para el final así —dijo Rafa.

Leo no lo miró.

—No.

—Sí.

Por fin se giró.

—¿Por qué?

Rafa señaló la línea de falta con la punta de la zapatilla.

—Porque llegarás más cerrado de lo que crees, y lo atacarás de hombros en vez de entrar con cadera. Vas a querer sacarlo rápido porque el resto del stage invita a correr.

No lo decía como teoría. Lo decía porque conocía esa forma concreta de precipitación.

Doble Alfa

—¿Tú cómo lo harías? —preguntó Leo.

—Yo aseguraría el ángulo, perdería dos décimas y luego te oiría decir que soy viejo por dentro.

—No eres viejo por dentro. Eres cobarde con método.

—Y sin embargo suelo acertar los metales al primer intento.

Leo volvió al recorrido.

Rafa tenía razón demasiadas veces como para ignorarlo. Aun así, la tentación de atacar seguía ahí.

A unos metros, un grupo comentaba tiempos del día anterior. Entre ellos, Marc Delacroix. Tranquilo e imperturbable. El estándar europeo en Production. No hablaba mucho. No necesitaba hacerlo. Había gente que imponía por físico, otra por nombre. Delacroix imponía por economía. Cada gesto parecía ahorrar algo.

Rafa también lo vio.

—Si acabas por delante de él en un stage, no lo cuentes como victoria espiritual —le dijo con una sonrisa.

—Gracias por la inspiración.

—Para eso estoy.

Más allá, otro tirador repasaba el mismo recorrido con una calma matemática. Alto. Delgado. Europeo del Este, según el dorsal. No estaba midiendo pasos como los demás. Estaba mirando personas. Tardó un poco más en apartar la vista cuando Leo lo notó.

—¿Lo conoces? —preguntó Rafa.

—No.

—Pues te está mirando como si te conociera.

Leo volvió a observarlo. No de frente. Lo justo.

—Otro competidor.

—Ya.

Rafa bebió café.

—Y yo mido metro noventa.

Doble Alfa

En el extremo opuesto del recorrido, alejado del grupo, un hombre de mediana edad revisaba sus cargadores, apoyado contra una valla. Leo lo reconoció de pasadas anteriores por el circuito, o quizás solo por esa manera de estar en los bordes del campo sin pedir nada a nadie. No lo ubicó del todo. Lo archivó como cara conocida y siguió.

Llamaron a la escuadra.

Rafa tiraba antes que él.

Eso le gustaba a Leo. Ver a Rafa competir le daba información útil. Porque Rafa no resolvía igual. Donde él atacaba, Rafa ordenaba. Donde él aceptaba riesgo, Rafa construía secuencia.

—Shooter ready?

Rafa asintió.

—Stand by...

Beep.

Rafa salió sin violencia, pero sin pausa. Primeros dos impactos sólidos. Transición corta. Nada espectacular. Todo bajo control. Llegó a la segunda posición mejor colocado de lo que Leo esperaba. Paró medio latido antes del mini popper.

Disparó.

Cayó.

Terminó con un tiempo decente, sin alardes.

Cuando salió del área, levantó el café vacío como si brindara.

—Cobarde con método.

Leo negó con la cabeza.

—Has regalado tiempo.

—He comprado puntos.

Leo cargó su cargador y entró.

Ahora no podía dejar de ver dos stage distintos superpuestos: el suyo y el de Rafa. El agresivo y el limpio. Y eso, en ocasiones, era peor que no ver ninguno.

Doble Alfa

—Shooter ready?

Asintió.

El mundo se redujo a la línea roja bajo sus pies.

—Stand by...

El beep cortó el aire.

El primer disparo salió pesado, controlado, exactamente como debía. El segundo ya fue automático. Transición limpia. Salida fuerte. Todo iba por delante. Lo sintió en las piernas, en la forma en que el tiempo parecía abrirse un poco para dejarle pasar.

Segunda posición.

Entró más cerrado de lo que había previsto.

Lo supo en el mismo instante en que plantó el pie. Aun así atacó.

Primer blanco. Bien.

Segundo. Bien.

Mini popper.

Lo quiso rápido. Demasiado rápido.

Falló.

No fue un error grande, ni tampoco un desastre. Fue peor: fue exactamente la clase de fallo que Rafa le había descrito antes. Una fracción de segundo. Una pequeña violencia inútil.

Corrigió.

Disparó.

Cayó.

Terminó el stage sabiendo que no había sido perfecto. Ni necesitaba mirar el blanco ni esperar el tiempo. La sensación era inconfundible. Había regalado algo.

Leo guardó el arma descargada a las órdenes del árbitro y esperó a que terminaran de anotar.

Cuando salió, Rafa no sonreía.

Doble Alfa

Eso era mejor. Cuando sonreía, era porque iba a bromear. Cuando no, era porque iba a decir la verdad.

—¿Cuánto regalaste? —preguntó.

Leo se encogió de hombros.

—Lo suficiente.

—Te lo dije.

—Sí.

—Y aun así lo hiciste.

—Sí.

Rafa le sostuvo la mirada un segundo y luego le dio una palmada breve en el hombro.

—Bien. Ya has hecho tu estupidez del día. Ahora puedes competir.

Eso le sacó media sonrisa, pese a todo.

Mientras se alejaban del área, Leo miró hacia la zona de espectadores.

El tirador del Este seguía allí.

Sin expresión.

Sin prisa.

No parecía interesado en el resultado del stage. No consultó pantallas ni comentó nada con nadie. Solo lo observó a él un segundo más antes de apartar la vista con una naturalidad demasiado medida. Y, justo antes de hacerlo, la dejó pasar también por Rafa.

Rafa también lo vio.

—No me gusta.

—Es solo un tipo mirando.

—No —respondió Rafa, sin dejar de caminar—. Es un tipo mirando con demasiada curiosidad.

Siguieron caminando hacia el siguiente recorrido. Alrededor, la competición continuaba con su lógica habitual. Cronómetros. Puntuaciones. Gente discutiendo si un disparo había sido antes o después

Doble Alfa

de la línea de falta. El tipo de mundo pequeño y preciso donde todo parecía tener reglas claras.

Leo se dijo que eso era lo real.

El stage. El fallo. El tiempo perdido. El siguiente intento de compensarlo.

Eso era lo real.

No la selva.

No el adolescente.

No la culpa que se le despertaba cada vez que algo importaba.

Sin embargo, mientras se colocaba las gafas y volvía a leer el siguiente recorrido, sintió otra cosa debajo de la rutina. Una tensión distinta. Más fría. Menos íntima. Como si algo que llevaba años quieto hubiera empezado a moverse de nuevo justo fuera de su campo de visión.

A un lado, Rafa ajustaba sus cargadores y repasaba el recorrido en voz baja, contando posiciones.

Al otro, el tirador del Este ya estaba en otro ángulo del stage, observando sin parecer que observaba.

Leo apartó la vista y respiró despacio.

Era solo una competición.

De momento.

Pero en algún lugar muy lejos del campo de tiro, algo que llevaba cinco años inmóvil acababa de empezar a moverse. Y él todavía no sabía en qué dirección.

Doble Alfa

Capítulo 2 – Hit Factor

El segundo día siempre separa a los impulsivos de los constantes.

Leo lo sabía. No porque se lo hubieran enseñado, sino porque lo había vivido demasiadas veces. El primer día todavía admite adrenalina. El cuerpo está fresco, la cabeza aguanta mejor el ruido. Un error temprano puede corregirse con agresividad. Una buena tanda te hace creer que todo encaja. El segundo día no perdona tanto. El segundo se compete con números ya encima, con posiciones provisionales en la cabeza, con gente que ya no está probando nada. Solo administrando riesgo.

Desayunó poco.

Café solo. Algo de proteína. Agua. Silencio.

Rafa también estaba callado, sentado frente a él en el comedor del hotel, revisando en la tablet la clasificación provisional y los stages previstos para la mañana. No era un silencio incómodo. Era el de siempre antes de que la competición se volviera seria del todo.

Leo terminó el café y apoyó la taza.

—¿Dónde estoy?

Rafa levantó la vista un instante.

—Sexto.

Leo no hizo gesto.

—¿Porcentaje?

—A menos de tres por ciento del podio.

Eso sonaba cerca. En Production, a veces era una eternidad. Otras veces, una tarjeta mal atacada. Un metal dudado medio segundo. Un no-shoot rozado por una ansiedad mal disimulada.

El mini popper del día anterior seguía ahí, clavado donde tocaba; no como catástrofe, sino como deuda.

Rafa deslizó la tablet hacia él.

—Delacroix sigue arriba.

Doble Alfa

Leo miró la clasificación solo lo justo. Marc primero. Dos tiradores sólidos detrás. Él sexto. Nombres conocidos, diferencias pequeñas, nada resuelto.

—No es dramático —dijo Rafa.

—No.

—Pero hoy ya no puedes regalar nada.

Leo devolvió la tablet.

—Ya lo sé.

Rafa lo observó unos segundos.

—No. No solo lo sabes, también entiendes la diferencia. Que es distinto.

Leo soltó aire por la nariz, casi una risa.

—Qué suerte tengo de viajar contigo.

—Sí. Solo alguien que te aprecia te dice estas cosas a las siete de la mañana.

El ambiente en el campo era diferente al del día anterior.

Menos conversación, menos necesidad de caer simpático. Menos gente haciendo comentarios inútiles sobre tiempos de otros. El primer día todavía permite cierta ligereza. El segundo la mayoría ya sabe si está compitiendo de verdad o solo completando la prueba.

Las escuadras caminaban más despacio entre stages, pero la tensión era mayor. Todo el mundo parecía medir algo, aunque no lo dijera. Pasos. Angulaciones. Qué riesgo valía la pena y cuál ya no.

Leo y Rafa llegaron a la zona de warm-up con tiempo suficiente para no parecer nerviosos y no tan pronto como para quedarse parados de más. Rutina. Cargadores revisados. Munición contada. Un par de disparos de confirmación. Nada raro.

Rafa competía en la misma escuadra, como siempre que viajaban juntos. En la clasificación general se movía por la mitad de tabla con esa regularidad que irritaría a cualquiera que no lo conociera. No era espectacular, pero rara vez se salía de sitio. Competía lo bastante bien como para seguir afilado y lo bastante libre de presión como para observar. Y esa combinación lo hacía muy útil.

Doble Alfa

—Hoy el doce rompe la partida —dijo Rafa, mirando la tablet—. Dieciocho disparos mínimos. Una tarjeta móvil. Recarga obligada en transición si quieres salir con ángulo limpio.

Leo asintió. Ya lo había leído en la habitación. También lo había visualizado tres veces antes de dormirse y otras dos mientras desayunaba.

—No ataques el metal largo como ayer —añadió Rafa.

—Lo sé.

—Te lo vuelvo a decir por si quieres fingir que te sorprende.

Leo se colocó las gafas y no respondió.

En la zona de calentamiento, a unos metros, estaba el tirador del Este. Más cerca ahora, con el dorsal visible y bandera checa. Nombre: Lukas Havel.

No calentaba como los demás. Hacía lo necesario y poco más. Sin gestos grandes. Sin hablar apenas. Sin esa mezcla de nervios y ritual que el circuito suele sacar incluso a los buenos.

Leo estaba metiendo un cargador en la funda cuando sintió la presencia antes de escucharlo.

—Buen ritmo ayer —dijo Lukas en un inglés neutro.

Leo giró apenas la cabeza.

—Podría haber sido mejor.

Lukas asintió como si confirmara una hipótesis y no como quien responde a una frase.

—Siempre puede ser mejor.

No sonrió. No hizo gesto de cortesía. Su mirada se demoró apenas para dejar de parecer casual.

Rafa se acercó hasta entrar en la conversación sin parecer que se metía.

—Eso es una forma elegante de empezar el día —dijo.

Lukas lo miró también.

—Solo una observación.

—Pues observas mucho —respondió Rafa con tono ligero.

Doble Alfa

Lukas no recogió el golpe. Solo se encogió muy levemente de hombros y se apartó, como si ya hubiera obtenido lo que buscaba.

Leo siguió su movimiento con la vista un segundo.

—No me gusta.

—Ya lo sé —dijo Rafa—. Y eso que todavía no ha hecho nada.

Fue entonces cuando Leo vio algo más en la lista de participantes de la escuadra cercana. Lukas no estaba en su división. Ni siquiera en clasificación oficial.

—Está como visitante —murmuró.

Rafa miró la pantalla.

—Eso no es habitual.

—No.

—Pero tampoco ilegal.

No. No lo era. Igual que muchas cosas que, sin romper ninguna norma, resultaban incómodas por lo bien colocadas que estaban.

Stage doce. El complicado.

Posición inicial sentado en una silla metálica. Pistola descargada sobre la mesa. Cargadores al lado. Un activador que liberaba un swinger oculto tras un no-shoot. Dos bloques de disparo enlazados por una transición que no admitía dudas. Uno de esos recorridos que castigan tanto la cobardía como el exceso de confianza.

La escuadra se reunió para el walkthrough. Todos midiendo, todos fingiendo no mirar a los demás.

Leo lo leyó una vez desde fuera. Luego otra entrando por la izquierda. Luego una tercera pensando en ángulos, no en tiempos. Sentado, levantar, cargar, doble alpha en la tarjeta abierta, cambio rápido al activador, retroceso lateral para abrir visión antes de que el swinger completara el ciclo, dos disparos controlados sin comerse el no-shoot, salida agresiva a segunda posición, recarga en movimiento, último metal confirmado.

Lo tenía.

Doble Alfa

Más o menos.

Rafa tiraba primero otra vez.

—¿Qué harás con el swinger? —preguntó Leo.

—Esperarlo lo mínimo —dijo Rafa—. Tú no lo veas como oportunidad de ganar tiempo. Míralo como oportunidad de no perder medio stage.

—Qué bonito. ¿Eso te sale solo?

—No. Lo entreno para compensar tu optimismo.

Llamaron a Rafa.

Se sentó. Colocó las manos donde pedía el briefing. Respiró una vez. Nada más.

—Shooter ready?

Asintió.

—Stand by...

Beep.

Movimiento limpio. Cogió la pistola y cargó sin adornos. Primeros impactos sólidos. Activador accionado. Paso lateral corto, no amplio. Esperó el mínimo necesario.

Disparó al swinger.

Alpha.

Charlie.

Aceptable.

No hermoso. No rápido. Bueno.

Recarga en transición. Segunda posición con entrada controlada. Último metal largo sin prisa innecesaria. Confirmó, disparó, cayó.

Terminó con ese estilo suyo que no parecía brillante hasta que mirabas el papel y entendías que casi nunca se castigaba solo.

Al salir, Leo le leyó la cara antes del tiempo.

—Bueno.

Doble Alfa

—Sí.

—No espectacular.

—No lo necesito.

Leo sonrió muy poco.

—Ya, ya. Compras puntos.

—Y tú todavía los pierdes como si estuvieran en oferta.

El árbitro anunció el tiempo. Sólido. Muy sólido para Rafa.

—Te ha quedado mejor de lo que parecía —dijo Leo.

—Porque no compito para que parezca nada.

Eso era muy propio de Rafa. Y muy irritante cuando tenía razón.

Ahora le tocaba a Leo.

Se sentó.

La silla estaba más fría de lo que esperaba. La mesa parecía unos centímetros más baja que durante el walkthrough. Pequeños detalles sin importancia que el cuerpo siempre detecta cuando la cabeza quiere anticiparse demasiado.

Miró al frente.

No pensó en la clasificación. No pensó en el podio. No pensó en Lukas. Intentó no pensar en el stage de Rafa. Esa última parte le costó más.

—Shooter ready?

Asintió.

—Stand by...

Beep.

Subió la pistola, cargó, primer disparo en doble acción largo pero controlado. Segundo ya libre. Activador. Se desplazó con un ángulo más abierto que Rafa, buscando ganar visión antes de que el swinger entrara en ventana útil.

Lo vio.

Esperó medio latido.

Doble Alfa

Disparó.

Alpha.

Charlie.

Casi igual.

Eso no le gustó. No porque fuera mal impacto, sino porque sintió la comparación en vez del stage.

Recarga en movimiento. Segunda posición más agresiva. Entrada fuerte. Primer blanco bien. Segundo, mejor. Último metal largo.

Lo atacó un instante antes de lo ideal.

No falló.

Pero sintió la corrección en la muñeca. Ese pequeño movimiento de quien casi fuerza un error y lo salva por calidad, no por lectura.

Cayó.

Terminó.

—Unload and show clear.

Sabía que había sido bueno. No perfecto. Bueno. Y hoy eso importaba más que cualquier heroicidad.

El hit factor tardó un poco en aparecer. Cuando lo hizo, confirmó la sensación: segundo mejor del stage.

Rafa chocó su puño con el suyo.

—Eso sí es competir.

Leo soltó por fin algo parecido a una sonrisa de verdad.

Subía al cuarto puesto general.

No arreglaba nada del todo. Pero recolocaba el fin de semana en un sitio más útil.

—¿Y tú? —preguntó Leo.

Rafa miró la tabla y se encogió de hombros.

—En mi guerra habitual. Mitad alta de tabla.

Doble Alfa

- No mientas. Te gusta.
- Me gusta no hacer el ridículo.
- Eso no es lo mismo.
- Para mí, a veces sí.

El Shoot Off empezó al caer la tarde, en paralelo a la clasificación principal. Y el ambiente cambió por completo.

Más público, más ruido. Música demasiado alta. Gente que no había seguido ni media clasificación hablando ahora como si entendiera cada duelo. En ese formato todo se simplificaba: dos tiradores, dos carriles, varias placas de metal conocidas como poppers, beep, velocidad pura.

A Leo le iba bien esa violencia breve.

No porque fuera menos técnico. Sino porque había menos tiempo para contaminarlo todo con pensamiento. El cuerpo entraba antes que la culpa. Antes que la duda. Antes que los cálculos.

Rafa también estaba inscrito.

No solía llegar lejos, pero le gustaba el Shoot Off porque lo obligaba a soltar la lógica habitual y competir desde otro sitio.

- Aquí no te gana el mejor plan —dijo mientras se ajustaba la funda.
- Te gana el que tarda menos.
- O el que se equivoca una vez menos.
- Eso siempre lo dices tú.
- Porque tú nunca lo dices.

Rafa cayó en su primer cruce por muy poco. No hizo un mal duelo. El otro tirador simplemente salió una décima mejor y no regaló nada. Cuando volvió, no parecía molesto.

- ¿Ya está? —preguntó Leo.
- Sí.
- ¿No te fastidia?

Doble Alfa

Rafa se encogió de hombros.

—Claro que me fastidia un poco. Lo justo. Además, así puedo verte hacer el animal desde fuera.

—Qué apoyo más bonito.

—Siempre.

Leo avanzó ronda tras ronda con una mezcla de precisión y agresividad que rozaba la imprudencia, pero sin cruzarla. En el Shoot Off la Beretta parecía pesar menos. Las transiciones salían limpias, el primer disparo pesado casi desaparecía bajo la presión del formato, y el cuerpo mandaba antes que la cabeza.

En cuartos, resolvió con una claridad que ni él mismo sintió durante el stage. En la siguiente ronda, el ambiente ya estaba encendido de verdad.

Semifinales.

Lukas Havel.

El checo entró a su carril como si aquello no le importara especialmente. Eso lo volvía más incómodo, no menos. Cinco poppers por lado. Distancia corta. Público cerca. Un error y fuera.

Rafa se colocó detrás de la valla lateral, lo bastante cerca para ver, pero no tanto como para distraer.

—No te adelantes al último disparo —dijo.

Leo no lo miró.

—Ya.

—Te lo digo igualmente.

El árbitro levantó la mano.

—Shooter ready?

Dos asentimientos.

—Stand by...

Beep.

Leo atacó primero. Primer metal. Segundo. Tercero. El ruido metálico del otro carril llegó casi a la vez. Cuarto y luego el último metal.

Doble Alfa

Disparó.

Cayó.

Sintió, más que vio, que había sido por centésimas.

Lukas ya estaba bajando el arma cuando Leo giró apenas para comprobarlo. Derrota contenida en ningún gesto. Ni enfado ni decepción. Solo una lectura rápida y fría, como si el resultado importara menos que otra cosa.

Eso le molestó a Leo casi tanto como le gustaba haber ganado.

Rafa lo esperaba a la salida del área.

—Bien.

—Sí.

—Pero te ha leído la salida.

Leo se quitó las gafas un segundo.

—¿Tú también?

—No. Yo ya te la conocía. Él la ha leído.

Eso se quedó ahí, clavado donde tocaba.

Leo guardó el arma y fue hacia la zona fría antes de que empezara la final.

Necesitaba dos minutos solo.

No para calmarse, estaba calmado. Para separar lo que acababa de pasar de lo que venía a continuación. La semifinal con Havel había sido limpia en lo técnico. Pero el detalle que Rafa había nombrado no era menor: Lukas había leído su salida. Y en un Shoot Off, leer la salida del contrario significa que llevas tiempo observándole.

¿Cuánto tiempo?

No era paranoia. Era una pregunta técnica legítima. Un tirador observa a otro para aprender, para competir mejor, para detectar patrones. Eso era normal. Pero había una diferencia entre observar a un rival interesante y observar a alguien que llevas fichado de antes del circuito.

Leo bebió agua y dejó la pregunta sin respuesta por ahora.

Eso podía esperar a después de la final.

Doble Alfa

Marc Delacroix lo estaba esperando al otro lado del recinto, hablando con alguien del equipo técnico con la calma absoluta de quien no necesita prepararse psicológicamente para nada porque ya lleva años preparado.

Leo lo había visto tirar dos veces ese fin de semana.

La primera desde la zona de espera, de lejos, mientras esperaba su turno en el stage seis. Delacroix tiraba sin esfuerzo aparente. No el esfuerzo falso de quien lo disimula, sino la ausencia real de tensión innecesaria. Cada movimiento con su peso exacto. Sin restar ni añadir.

La segunda vez, ya más cerca, en el stage nueve. En una transición complicada donde la mayoría de tiradores aceleraban de más, Delacroix había hecho algo contrario: frenar medio paso antes de la posición, plantarse bien, y entonces disparar más rápido que cualquiera. El tiempo final no era explicable solo por velocidad. Era economía.

Ese era el nivel del que se estaba midiendo con Leo en la final.

Y lo interesante no era que le diera miedo.

Era que no le daba miedo.

Lo que sentía era otra cosa. Algo más parecido a curiosidad. A ganas de saber cómo respondía el propio cuerpo cuando el nivel del frente era ese. Si la Beretta seguiría pesando igual. Si el ruido del campo llegaría de la misma forma. Si el gesto de la salida saldría con la limpieza que había salido en semifinales o si la presencia de Delacroix lo modificaría.

Rafa apareció a su lado mientras el árbitro hacía las últimas comprobaciones.

—¿Listo?

—Sí.

—¿Algo que quieras ajustar?

Leo miró el recorrido. Cinco placas por carril. Distancia clásica de Shoot Off. Nada extraordinario en lo técnico.

—No —dijo.

Rafa lo miró un segundo.

Doble Alfa

—Bien.

No añadió nada más.

Eso también era destreza de Rafa: saber cuándo el silencio era el mejor recurso.

Leo se colocó en su carril. A la derecha, Delacroix ajustó el cinturón sin mirar hacia él. No ignorancia, posicionamiento. Cada uno en su espacio.

El árbitro levantó la mano.

El campo se quedó más quieto.

Leo miró las cinco placas de metal. Doce metros. Acero. El primer disparo siempre marcaba el tono, ese era el principio básico de los Shoot Off: si no llegabas al segundo disparo con la cabeza ya en el tercero, habías perdido algo que no ibas a recuperar.

Respiró una vez.

—Shooters ready?

Asintió.

—Stand by...

El pitido.

Leo disparó.

Primer popper. Impacto, retroceso controlado, segundo disparo ya en camino antes de que el primer metal terminara de caer. Ruido a la derecha, Delacroix también. Ritmos casi idénticos, pero Leo había salido un paso antes.

Tercer popper. Cuarto.

A la derecha el ritmo de Delacroix era idéntico al suyo. Imposible saber en tiempo real quién llevaba ventaja.

Quinto.

Disparó.

Impacto.

Cayó.

Doble Alfa

El tiempo hasta oír el metálico del carril de Delacroix fue brevísimo. Décimas. Quizá centésimas.

El árbitro señaló hacia Leo.

El campo soltó el aire.

Delacroix bajó el arma con la misma calma con que había llegado. No buscó excusas. No hizo ningún gesto visible de frustración. Se giró hacia Leo con una extensión de mano y una expresión que era reconocimiento puro, sin condescendencia.

—Muy bien tirado. La salida fue perfecta.

Leo le dio la mano.

—La tuya también.

—No fue suficiente hoy —dijo Delacroix con una media sonrisa, y se apartó con esa parsimonia de quien ya está pensando en el próximo torneo.

Leo sostuvo el trofeo un momento antes de girarse.

El público aplaudía. Rafa levantaba la mano desde fuera. El sol de Múnich bajaba deprisa sobre las estructuras de madera del recinto.

Y en algún punto de ese momento —no antes, no después, exactamente ahí — Leo pensó en la culpa.

No en la del disparo. En otra más pequeña y más reciente: la de no haber podido ganar la general. La de haber perdido esos puntos en el primer día por una lectura equivocada que había pagado durante todo el fin de semana.

Y entonces hizo algo que no solía hacer.

La dejó estar.

Sin necesidad de explicarla ni de compensarla ni de convertirla en el centro de algo.

Solo estaba ahí. Y también estaba el trofeo. Y también el tercero de la general. Y también el lunes y otro circuito y otra temporada.

Las dos cosas podían existir a la vez sin que ninguna borrara a la otra.

Eso era nuevo.

Doble Alfa

O quizás siempre había sido cierto y solo ahora estaba en condiciones de verlo.

Rafa quedó en una posición decorosa, en su línea habitual: lejos del foco y lo bastante arriba como para que nadie serio dijera que estaba de turismo. Al salir de la zona de publicación de resultados, se cruzó con Leo y le dio un golpe breve en el antebrazo.

—Buen fin de semana.

—No gané.

—Ya lo sé.

—Entonces no fue perfecto.

Rafa lo miró con esa paciencia seca que usaba cuando Leo se ponía estúpido por cansancio o por ambición.

—Has hecho podio en la general y has ganado el Shoot Off. Yo he quedado donde suelo quedar. Hemos competido bien los dos. No conviertas un buen fin de semana en una derrota elegante porque te gusta sufrir con estilo.

Leo soltó una risa breve, cansada.

—A veces te odio un poco.

—Eso también entra en la inscripción.

Subieron al podio cuando tocó. Fotos. Aplausos. Trofeos. El ritual de siempre. Leo buscó a Rafa entre el público y lo encontró enseguida, a un lado, sin mirar el escenario como un aficionado cualquiera, sino pendiente de otra cosa.

Siguió esa línea de visión.

Lukas estaba apoyado contra una valla, observando sin aplaudir. Y detrás de él, un poco más en sombra, había una mujer que Leo no había visto antes. Traje oscuro, postura recta. Nada en ella parecía improvisado. No miraba el trofeo. No miraba al público. Lo miraba a él.

No parecía interesada en la competición.

Parecía interesada en el resultado que representaba.

Doble Alfa

Leo no apartó la vista enseguida; algo en aquella mujer pedía ser medido antes de seguir adelante.

Cuando bajó del podio, el trofeo del Shoot Off pesaba poco en la mano. Mucho menos que la sensación de que el fin de semana había cambiado de forma sin avisar.

Rafa se colocó a su lado.

—¿La has visto?

—Sí.

—No es sponsor.

—No.

—Ni federación.

Leo negó despacio.

La mujer seguía allí, todavía quieta, midiendo algo que él aún no entendía.

Leo bajó la vista al trofeo un segundo y volvió a levantarla.

La mujer ya se movía hacia la salida con esa parsimonia de quien no necesita quedarse a ver el final porque ya tiene lo que vino a buscar.

Rafa no dijo nada.

Tampoco hacía falta.